

LA GUERRA FRIA DEL AJEDREZ

RAMIRO CRISTOBAL

LOS Tribunales soviéticos condenan a cuatro disidentes. Hay protestas en todo el mundo occidental. La madre de uno de los condenados aparece llorosa en los periódicos. Las mujeres y los hijos de otros multiplican su imagen en la prensa, doloridos, esperanzados, serenos. Los Estados Unidos protestan y, mientras, en la tranquila ciudad filipina de Baquío se juega el Campeonato del Mundo de Ajedrez. Contendientes: Anatoly Karpov, representante oficial de la URSS, y Viktor Korchnoi, un disidente.

¿Dónde están los derechos humanos? Su campeón, Jimmy Carter, se indigna. Si esto sigue así se verá obligado a modificar notablemente sus relaciones con los soviéticos. Se olvida, sin duda, de que en el Congreso de su país se está estudiando una ley para arrebatar las reservas a los pieles rojas, cuyas mujeres han sido esterilizadas y a los que se trata de barrer, materialmente, de la faz de la tierra en beneficio de las compañías mineras. Se olvida, también, de que día tras día alguien desaparece o es asesinado en el cono Sur de América Latina, por obra de los regímenes que ellos ayudaron a afianzar. Tiene una frágil memoria Jimmy Carter que, sin embargo, sigue, apasionadamente, lo que ocurre en esas dictaduras comunistas.

La estrategia

Los historiadores del ajedrez dicen que la evolución política y militar condicionan notablemente los estilos de juego. Así, la ascensión del tercer y cuarto estado en el siglo XVIII se corresponde con un auge del juego de peones, relegando a segundo plano la aristocrática acción de la caballería y la pesada defensa de los torreones; la acción militar "relámpago" de los ejércitos napoleónicos se correspondió con las jugadas rápidas y brillantes concentradas en un punto concreto. El romanticismo trajo la moda de la pérdida, desesperada y cínica, de

las piezas, ofrecidas respectivamente al contrario, en holocausto.

Si ponemos a Clausewitz cabeza abajo tendremos que, en nuestro caso, la política es la continuación de la guerra, por otros medios. Y el ajedrez una continuación de la política y, así, astutamente, hemos cerrado el círculo. Un círculo de pequeños eslabones menor, si se quiere. Un apuntalamiento propagandístico en la estrategia general. Fijaciones emocionales donde no llegan las razones, ni apenas los hechos. Ya no es cuestión de política. Como sin querer nos enteramos que los Estados Unidos han vencido en atletismo a la URSS; que sus astronautas vuelan más tiempo y llegan más lejos; que tienen que vender trigo a los rusos porque si no éstos estarían muertos de hambre.

Quedaba el ajedrez, donde los rusos reinaban indiscutiblemente. Un deporte prestigioso, sin duda, en el que lo cerebral predomina sobre el músculo. Un vacío doloroso que, tarde o temprano, habría que llenar.

La táctica

En 1972 se descubría, al fin, el camino a seguir. Por primera vez un norteamericano, Bobby Fischer, disputaba el Campeonato del Mundo a un ruso, Boris Spassky. Lugar de la reunión, Reikiavik, capital de Islandia. Desde el principio se ve lo que va a ser el encuentro. Las agencias de prensa y la mayoría de los informadores están, claro es, de parte del norteamericano y plantean ya la partida, más o menos conscientemente, desde una óptica casi política. Fischer nos es mostrado como un hombre de gran inteligencia, creativo, intuitivo, imaginativo, genial; libre, en suma. Spassky como un hombre tranquilo y férreo, un poco inhumano, casi una computadora viviente, robotizado. No libre.

Cuando venza Fischer se presentará la victoria como el fruto, precisamente, del enfrentamiento de



Mueve el disidente Korchnoi, bajo la mirada del

esas cualidades que pasan a ser un poco características de dos mundos geográficos y políticos. En definitiva, Spassky ha sido "descolocado" por la creatividad de su rival. Su mente cuadrículada, fabricada en laboratorio, no ha podido resistir el soplo de juventud y audacia sonriente, de Fischer, el "cow-boy".

Seis años más tarde se prepara un nuevo "show" con características especiales. De nuevo, el ruso Karpov se nos presenta como un joven "sin juventud" que colecciona sellos y gusta de la vida retirada. Es la famosa tristeza del pueblo ruso. En la otra banda, Viktor Korchnoi, exiliado en Europa Occidental porque se creía objeto de relegación en el mundo ajedrecístico soviético, tiene más años que su rival, pero parece juvenil y dinámico. Se difunden fotografías suyas haciendo "footing" en los amaneceres de Amsterdam. Se le hacen entrevistas y se copian frases de su libro "El ajedrez es mi vida". Habla de la dictadura en la URSS, de las humillaciones que hubo de soportar como jugador de ajedrez, se ríe de su rival: "No fuma, no bebe y está soltero", dice con una amplia sonrisa. Afirma que la KGB le asesinará si gana el Campeonato...

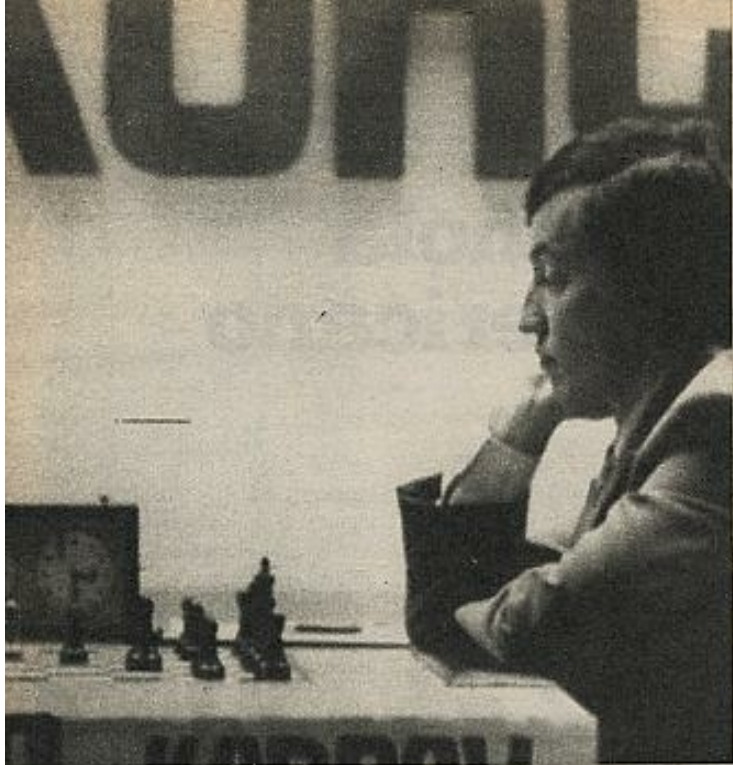
El tablero

Pero resulta que no todo está tan claro. ¿Por qué, por ejemplo, se escogió Filipinas como país en el que se juega el Campeonato? Porque el Presidente Marcos —del que

por cierto piensa solicitar Korchnoi su apoyo diplomático— ofreció en la puja por el país receptor, la bonita cantidad de un millón de francos suizos para la partida Karpov-Korchnoi. Y ya habla ofrecido con anterioridad, un total de cinco millones de dólares por el encuentro Fischer-Karpov, antes de que se supiera la renuncia del americano a su título mundial.

Según parece, Filipinas no ganó el concurso y sólo quedó en segundo lugar, pero fue el país mejor situado en las preferencias de ambos contendientes. Los rusos encontraron aún peor otros lugares. Sin embargo, Filipinas será una buena caja de resonancia propagandística de carácter meramente político durante los tres próximos meses. Espacio de tiempo que se espera que dure esta partida en la que ganará el que primero consiga seis victorias y en la que habrá, aproximadamente, unas tres partidas semanales. Se calcula que Karpov y Korchnoi jugarán un mínimo de treinta veces antes de que se llegue a un resultado.

Sobre el tablero, los peones tampoco serán neutrales. Acompañan a Korchnoi, junto con los maestros ingleses Stean y Keene, un judío soviético, Jacob Murei, que emigró a Israel en 1977 y una mujer, Petra Leeuwerik, nacida en Alemania Democrática, que tuvo graves tropiezos con la justicia soviética, por su disidencia política. Es, pues, un equipo formado por un importante porcentaje de disidentes.



representante oficial de la URSS, Anatoly Karpov.

La apertura

No son de hoy los problemas del ajedrez y el comunismo. Ya el mítico Alejandro Alekhine, nacido en 1892, el hombre que despojó del título mundial a Capablanca en 1927, había tenido graves problemas con los bolcheviques. Dice la leyenda o la Historia que, condenado a muerte por sus simpatías zaristas, fue visitado en su celda por Trotsky que jugó una partida con el atribulado campeón. Naturalmente, venció Alekhine y como en los buenos cuentos, Trotsky le dejó salir de la cárcel, mandándole al exilio. La vida rocambolesca de Alekhine, que jugó treinta y cuatro partidas con Capablanca antes de llevarse el campeonato, terminó misteriosamente en una habitación de hotel en el Palace, de Estoril.

Después, otro mito, el cubano Raúl Capablanca, hijo de un comandante español y nacido en el Castillo del Príncipe de la Habana, también comenzó a declinar. En los años treinta y cuarenta manda en el ajedrez el alemán Lasker y ya, entre 1948 y 1972 el predominio será indiscutiblemente soviético. Es la época de los grandes maestros: Botvinnik, Petrossian, Smyslov y Spassky, entre otros.

En 1967, un curioso antecedente de este enfrentamiento Oriente-Occidente en torno al ajedrez: se juega una partida entre dos computadoras, situada una en California y otra en Leningrado. Programaron las jugadas un equipo de operado-

res aficionados al ajedrez. Al final vencieron los soviéticos por tres partidas a una. Era un tanteo bastante inocente de lo que vendría más tarde.

Jaque mate

La buena sociedad blanca de los Estados Unidos organizó no menos de dos "cruzadas" para conseguir que el campeón negro de boxeo, Jack Johnson, fuera despojado de su título. Al final lo encarcelaron por abuso "en la persona de una mujer blanca" que era la propia novia de Johnson. Hitler organizó en Berlín una Olimpiada con la esperanza de mostrar, en el terreno deportivo, la supremacía de sus muchachos arios. Videla hace bien poco, revalidaba su dictadura con unos mundiales de fútbol y Franco utilizó al Real Madrid de los años cincuenta para hacer olvidar la humillación y el aislamiento que su dictadura había traído a este país.

El ajedrez, deporte bastante minoritario, había quedado fuera de este juego de prestigios. El éxito propagandístico conseguido durante la final de Fischer contra Spassky, fue la señal de partida. Cabría, pues, preguntarse si, al igual que el resto de las competiciones deportivas sobre todo a nivel internacional, el ajedrez no ha firmado su sentencia de muerte como deporte libre. El viento de la guerra fría le ha cogido en sus remolinos y nadie debe dudar del final de la partida: jaque mate. ■

Estados Unidos

Soy blanco, ¿por qué se me discrimina?

Que la opinión pública norteamericana se desliza rápidamente hacia posiciones de derecha es algo tan cierto como la pérdida de popularidad del vacilante Carter. Los signos son cada vez más claros.

ACE dos semanas escribíamos de la cruzada antifiscal iniciada en torno a la ya famosa "proposición 13" en California y seguida con entusiasmo por los ciudadanos de otros Estados. Paradójicamente, la campaña puede tener consecuencias, hasta cierto punto inesperadas, para quienes se embarcaron en ella. Por ejemplo, creará una mayor dependencia de los municipios respecto del Gobierno de cada Estado de la Unión, y de estos últimos respecto del Gobierno Federal, que tendrá que acudir en ayuda de los erarios locales si se quiere evitar un colapso en buena parte de los servicios públicos. Es decir, justo lo contrario de lo que defienden siempre en sus programas los republicanos: limitar el intervencionismo federal en los programas de asistencia comunitaria.

Tras la batalla, apenas iniciada, de Howard Jarvis, el caudillo de los antifiscales, el giro a la derecha de los norteamericanos tiene un nuevo santo y seña: Alan Bakke. Se trata de un ingeniero de ascendencia noruega que, a sus treinta y tantos años, ha descubierto que su vocación real es la Medicina. Vocación que ha estado a punto de frustrarse por culpa de un sistema de discriminación al revés que, en las Universidades norteamericanas, busca premiar y compensar de pasadas —y presentes— injusticias a las minorías, con perjuicio algunas veces para los miembros de las mayorías.

Bakke era uno de éstos. Decidido, a cualquier precio, a estudiar Medicina, el ingeniero se presentó al examen de ingreso en la Universidad de California. Y lo superó brillantemente, a pesar de lo cual vio rechazada su solicitud. De las 100 plazas disponibles, 16 eran para aspirantes de las minorías, que tenían preferencia en cualquier caso, a pesar de su calificación.

Sintiéndose tratado injustamente, Bakke decidió recurrir entonces ante el Tribunal Supremo. El veredicto, sin duda histórico, de este Tribunal fue, por un margen de un voto solamente, favorable a Bakke: era ilegal todo sistema de cupos que discriminase a los ciudadanos por razón de su color u origen étnico. Pero los jueces añadieron a la de arena, una de cal: a pesar de todo la pertenencia de un candidato a una minoría racial, debería valorarse siempre positivamente. Sin que por ello hubiera que establecerse porcentaje o cupos rígidos de admisión.

El precedente sentado por el veredicto del Supremo no puede dejar de tener repercusiones en otras instituciones. Ya las está teniendo, por ejemplo, en el conflictivo terreno laboral. Los sindicatos, extraordinariamente conservadores en Estados Unidos, que llevan años luchando contra los fondos de compensación y programas de ayuda que dedican algunas empresas a favorecer a las mujeres y las minorías, han visto de pronto el cielo abierto.

Gracias a esos programas, el número de mujeres en puestos directivos había llegado a duplicarse entre 1972 y 1977, hasta alcanzar un 16 por 100 del total, mientras que el porcentaje de ejecutivos miembros de minorías subió, en los mismos años, de un 4,6 a un 8,7 por 100.

El argumento esgrimido por los sindicatos es que la promoción selectiva de mujeres, negros, portorriqueños, etc., va en contra del sistema, que ellos consideran el único racional, de ascenso por antigüedad. Ahora sólo tendrán que remitirse al caso Bakke.

La campaña no ha hecho, en cualquier caso, nada más que empezar. En ciertas compañías como la American Telephone and Telegraph Co., a pesar de las sentencias por el momento desfavorables de los Tribunales, los sindicalistas no claudican. A la tercera irá la vencida. El tiempo y la opinión pública norteamericana juegan a su favor. ■ JOAQUIN RABAGO.